

Tomás Bárbulo

La historia prohibida del Sáhara Español

Las claves del conflicto que condiciona
las relaciones entre España y el Magreb



Tomás Bárbulo

La historia prohibida del Sáhara Español

Las claves del conflicto que condiciona
las relaciones entre España y el Magreb

ediciones península

© Tomás Bárbulo Marcos, 2002, 2011

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: marzo de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

BOOK PRINT DIGITAL - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.383-2017
ISBN: 978-84-9942-579-5

ÍNDICE

Nota	15
Jaque de dama a rey	17
La «terraza» de Franco.....	33
Un país de diseño	38
Un negocio ruinoso	46
Esclavos y corrupción	51
Putas y contrabandistas	57
Batallón de castigo	65
Se busca a Basiri	73
El nuevo «mahdi»	77
Seis hombres conjurados	79
Bajo sospecha.....	83
El poder de una casete	85
Fuego a discreción.....	91
Pistas falsas	96
16 hombres y 5 fusiles rotos	103
La aparición de El Uali.....	106
Encuentro en Mauritania	109
El nacimiento del Polisario	112
Plan de ataque.....	114

El primer tiro	120
Partes de guerra	126
La hora de la sangre	131
La madrina Mauritania	135
El padrino Gadafi.....	138
Guerra abierta	143
Arden los fosfatos	145
La rebelión de los cipayos.....	150
En las cuevas del Polisario	157
Fisuras en el Polisario.....	163
Una nariz y una oreja	169
Hispanófonos contra francófonos	172
Fronteras movedizas	176
El país Erguibat.....	178
Un sobre amarillo	180
El experimento Ijalihenna.....	185
Bombas en El Aaiún	197
Un ejército en la frontera.....	200
La leyenda de Ben Hamu.....	203
La invención del FLU	207
Terroristas en El Aaiún	213
Enfrentamientos en las FAR	218
El <i>lobby</i> marroquí.....	221
Miserias del gran juego.....	225
Hassan II amenaza a Franco.....	229
España anuncia un referéndum	234
Operación Censo	237
Hassan II gana tiempo.....	241
El papel de Kissinger	244

ÍNDICE

Historia negra de la Marcha Verde	251
Dos «andaluces» en Marrakech	254
La hora de la traición	259
Un hombre llamado Jatri.....	264
Pulso en el paralelo 27º 40'	269
Carro va al colegio en Agadir	272
Contrato de venta	276
 El éxodo.....	 283
Las FAR entran en las ciudades	286
La huida.....	295
La matanza	300
 El ejército se pasa al Polisario	 309
El honor del capitán Vidal.....	315
Historia de un desertor.....	319
La llegada de los marroquíes	328
Los últimos de El Aaiún	331
El trámite final	333
 Qué fue de quién	 339
 Cronología	 343
 Glosario	 349
 Fuentes documentales.....	 352
 Bibliografía	 355
 Agradecimientos.....	 359
 Créditos de las ilustraciones	 361
 Índice onomástico	 363

JAQUE DE DAMA A REY

Mohamed Jelmous, gobernador marroquí de El Aaiún, agitó una brocheta de langostinos ante mi cara:

—¡Esa mujer come! —dijo—. Ustedes se alarman por nada. Hágame caso: cuando nadie la ve, ¡ella come!

Los marroquíes que asistían a la cena asentían con una sonrisa de admiración, mientras el representante del Foreign Office, otros dos diplomáticos extranjeros y yo evitábamos cualquier signo de complicidad.

Estábamos en la residencia oficial de Mohamed Jelmous, la misma de la que saliera el último gobernador español treinta y cuatro años antes, cuando España abandonó el Sáhara Occidental y Marruecos lo invadió a sangre y fuego. Mientras el gobernador marroquí pronunciaba esas palabras, Aminetu Haidar llevaba veinticinco días en huelga de hambre en el aeropuerto de Lanzarote. En ese tiempo, había logrado colocar en el primer plano de la actualidad el olvidado conflicto del Sáhara. La ONU, el Departamento de Estado de Estados Unidos, el palacio del Elíseo, la presidencia de la UE y el gobierno español hacían gestiones para que Mohamed VI diera su brazo a torcer y permitiera a la activista saharauí volver a su casa de El Aaiún. Pero la gravedad de la situación quedaba reducida a una caricatura en boca de Mohamed Jelmous: «¡Ella come!». Sin embargo, Haidar era la única razón de que estuviésemos cenando en la

residencia del gobernador aquella noche de diciembre de 2009.

La historia había comenzado el 13 de noviembre. Haidar, que entonces era una perfecta desconocida para la inmensa mayoría de la opinión pública, volvía a El Aaiún desde Las Palmas tras recoger en Estados Unidos el premio Civil Courage, que le había concedido la Fundación John Train. En cuanto descendió del avión de la compañía española Binter, fue detenida, despojada de su pasaporte, interrogada y, al día siguiente, enviada a Lanzarote en un avión de otra aerolínea española.

—¿Dónde vas a vivir relajada y tranquila si no es en España? —se burlaron de ella los funcionarios marroquíes—. Desde allí puedes defender sin problemas tus planteamientos separatistas.¹

El gobierno de Madrid estaba al tanto de la manioobra. El ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, había recibido el mismo día 13 una llamada de su homólogo marroquí para anunciarle que las autoridades de Rabat habían decidido expulsar a Haidar a España. Lo reconoció él mismo, unas semanas más tarde, ante el Parlamento. Moratinos declaró a los diputados que él mostró su desacuerdo con la decisión marroquí y que no tuvo más noticia sobre el asunto hasta el día siguiente, cuando una nueva llamada le anunció que la activista saharauí volaba ya hacia Canarias.

Aquella misma noche, en el aeropuerto de Lanzarote, Haidar llamó por teléfono a su compañero Bachir Azmán, que estaba en El Aaiún:

1. Denuncia presentada por Aminetu Haidar el 15 de noviembre de 2009 en el aeropuerto de Lanzarote. Ministerio del Interior. Dirección General de la Policía. JSP de Canarias. Comisaría de Arrecife. Diligencias n.º 8377/09.

—Estoy comiendo mi última cena —le dijo—. A las doce en punto comienzo una huelga de hambre.

Si lo que buscaba el gobierno de Marruecos expulsando a Haidar a España era sofocar sus denuncias sobre la represión en el Sáhara Occidental, consiguió el efecto contrario. Sentada en una colchoneta en la terminal del aeropuerto, Haidar recibía a un periodista tras otro. Las cámaras de fotos y de vídeo, encendidas de forma casi permanente, recogían y enviaban a los cuatro rincones del mundo sus palabras y su rostro cada día más demacrado. Aquella mujer de cuarenta y tres años, divorciada y madre de dos hijos, que había estado cuatro años «desaparecida» en una cárcel secreta de Hassan II, se convirtió en la imagen viva de los atropellos cometidos contra los saharauis. Su propia historia era, en cierto modo, la historia del sufrimiento de su pueblo.

Dos hechos habían marcado la vida de Aminetu Haidar. El primero se produjo cuando ella tenía nueve años. En noviembre de 1975, el coche que conducía su padre se estrelló contra un camión en la carretera que une las localidades marroquíes de Tan Tan y Guleimín. En aquellos días, cuando Marruecos escenificaba con la Marcha Verde su invasión del Sáhara, era frecuente que los enemigos políticos de Hassan II acabaran empotrados contra camiones. Haidar está convencida de que la muerte de su padre fue un asesinato.

El segundo acontecimiento se produjo cuando tenía veintiún años. La joven, que ya había tomado conciencia política, participaba en la organización de una manifestación independentista. A las 3.30 del 21 de noviembre de 1987, la policía marroquí se presentó en su casa de El Aaiún y la arrancó de la cama. Estuvo casi cuatro años «desaparecida», encerrada junto a otras nueve mujeres y cincuenta hombres en una mazmorra. Fue sometida al

amplio repertorio de torturas del régimen de Hassan II. La desnudaban, la amarraban con una cuerda desde los tobillos hasta el cuello sobre una mesa estrecha, y le ponían en la cara un trapo sucio sobre el que vertían un solución de detergente, heces y orina hasta que se asfixiaba. Le ataban las manos tras las rodillas, le pasaban un palo por las corvas y la colgaban del techo mientras la golpeaban con porras. Le daban descargas de electricidad en los pezones... Ella debía llevar los ojos permanentemente vendados para no reconocer a sus carceleros.

Aminetu Haidar salió de aquel infierno con la salud muy quebrantada, pero con su determinación política reforzada. Cuatro de sus compañeros habían fallecido en aquella prisión, y otro murió en el hospital dos días después de ser puesto en libertad. En 1992, un año después de su liberación, Haidar se casó con un compañero de cautiverio y comenzó a denunciar la represión de los saharauis. Decenas de supervivientes de las celdas marroquíes y familiares de presos fallecidos tenían historias tan terribles como la suya o aún más espantosas para contar al mundo. Haidar les animó a hacerlo. Poco a poco, fueron organizándose al amparo de una tímida apertura política iniciada por las autoridades de Rabat para mejorar su imagen internacional. Fundó una ONG, el Colectivo de Defensores de los Derechos Humanos en el Sáhara, y supo aprovechar las ventajas de internet para difundir las palizas, violaciones, detenciones y encarcelamientos a que eran sometidos los saharauis. La figura pública de Haidar se forjó durante aquellos años. Grupos de jóvenes comenzaron a acercarse a ella.

En 2005, durante una manifestación, un policía le abrió la cabeza de un porrazo. Sus partidarios le sacaron una foto con el rostro ensangrentado y la colgaron de la red sólo unos minutos antes de que varios agentes la de-

tuvieran a las puertas del hospital al que había acudido a que la curaran. Haidar fue encerrada en la tenebrosa Cárcel Negra de El Aaiún y acusada de pertenecer a una banda de malhechores. Entonces ella lanzó su órdago: inició una huelga de hambre —la primera—, que duraría cuarenta y siete días, para que la juzgaran por un delito político y no por uno común, como pretendían las autoridades de Rabat. Su protesta, transmitida a través de internet, tuvo amplio eco en las cancillerías de Europa y Estados Unidos. Washington presionó a Rabat para que le expidiera un pasaporte, documento que hasta entonces le habían negado sistemáticamente las autoridades de Marruecos.

Aquel mismo año recibió el Premio Juan María Banderés a los Derechos Humanos. Haidar comenzó a viajar. En los años siguientes fue galardonada con el Silver Rose, el Robert F. Kennedy y el Civil Courage. Había pasado de las sucias celdas de la Cárcel Negra de El Aaiún a los brillantes salones políticos de Europa y de Estados Unidos. Pero aunque se había labrado un prestigio que la convertía en intocable para las autoridades de Rabat, no había logrado romper la barrera que la separaba del gran público. Fue la torpeza del gobierno de Marruecos al intentar «exiliarla» en España lo que le permitió lograr su objetivo.

En el aeropuerto de Lanzarote, Haidar se vio arropada por un nutrido grupo de familias saharauis y simpatizantes españoles, que formaron una guardia de corps en torno a ella. Durante el día, filtraban las numerosas visitas que recibía y organizaban la campaña de información sobre su caso a través de internet. Por la noche, velaban su sueño bajo una marquesina de autobús contigua al aeropuerto. El premio Nobel José Saramago, líderes políticos como el coordinador general de Izquierda Uni-

da, Cayo Lara, y conocidos artistas acudieron a Lanzarote para mostrarle su apoyo. Otras personalidades públicas suscribieron comunicados instando al gobierno español a que convenciera a Marruecos para que Haidar pudiera volver a El Aaiún. Mientras tanto, ella rechazaba con determinación todas las ofertas que le iba haciendo llegar el ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos: un pasaporte español, el estatus de asilada política, una vivienda...

—Yo tengo una sola solicitud —repetía—, y es que se me devuelva a mi tierra, el Sáhara Occidental, donde están mis hijos. Con o sin pasaporte. Es vuestro problema.

El 17 de diciembre de 2009, Mohamed VI se vio obligado a ceder a la presión internacional y permitir el regreso de Haidar a El Aaiún. Una salva de comunicados de la secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, del presidente de Francia, Nicolas Sarkozy, del Ministerio de Asuntos Exteriores de España y del gobierno de Rabat intentó disimular la sonora derrota del rey de Marruecos. El monarca no sólo había fracasado en su propósito de deshacerse de aquella incómoda mujer, sino que además la había convertido en un icono. Y algo más: había trasladado el foco del conflicto saharaui desde los campamentos de refugiados de Tinduf, en la vecina Argelia, donde sobreviven a duras penas más de cien mil personas, a las calles del Sáhara.

Rabat salió perdiendo con el cambio de escenario. En Tinduf, los independentistas del Frente Polisario permanecían atascados debido a la inoperancia de la diplomacia internacional. Pero en el Sáhara, Marruecos tenía mucho que ocultar. Hasta la huelga de hambre de Haidar, su represión contra los saharauis había pasado casi inadvertida. Quienes contestaban su ocupación eran reprimidos en silencio, mientras Naciones Unidas, que de-



Rueda de prensa de Aminetu Haidar el 17 de diciembre de 2009, en el hospital de Lanzarote, tras conocerse la noticia de que finalmente podía regresar a El Aaiún.

bería velar por ellos, miraba hacia otro lado. La protesta de Haidar subrayó la absurda política de la ONU.

Desde que invadiera el territorio, en 1975, hasta 1991, Marruecos y los independentistas del Frente Polisario libraron una guerra sangrienta. El alto el fuego, auspiciado por la ONU, alumbró el nacimiento de la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental (Minurso). Su objetivo consistía en organizar y asegurar la realización de un referéndum «libre y justo», en el que los habitantes del Sáhara eligiesen entre la independencia o la integración en Marruecos. Según el plan de arreglo, la consulta debería haberse celebrado en enero de 1992 pero, en 2009, cuando Aminetu volaba por fin de regreso a El Aaiun, el referéndum parecía más lejano que nunca. Todo sigue igual hoy. Si consideramos que en este tiempo la Minurso ha consumido un presupuesto cercano a los mil millones de dólares y ha movilizado a 4.000 observadores militares y a varios cientos de civiles, parece apropiado afirmar que su fracaso es estrepitoso.

A ello se suma el hecho de que la Minurso es la única misión de paz de Naciones Unidas que carece de competencias para controlar el respeto a los derechos humanos. Marruecos, con la ayuda de Francia, ha logrado rechazar todos los intentos de incorporar esta prerrogativa a sus trabajos. Un ejemplo del papel decisivo de Francia en este bloqueo sistemático es el debate que se celebró en abril de 2010 en el Consejo de Seguridad.

—¿Cómo es posible —se preguntó en voz alta el embajador austríaco— que Francia, que ha tenido un papel esencial en la formación del concepto de derechos humanos, pueda oponerse con tanta vehemencia a la inclusión de ese término en la resolución del Sáhara Occidental?

—¡Nadie puede dar lecciones de derechos humanos a Francia! —replicó, airado, el representante francés.

El embajador chino intervino, sibilino:

—Me alegro de que China ya no sea la única que defiende que los derechos humanos no sean tratados en el Consejo.²

Incapacitados para supervisar el cumplimiento del respeto a los derechos humanos, los funcionarios de la Minurso circulan por las calles del Sáhara en todoterrenos blancos con las siglas UN en los costados, entre la indiferencia de la población. Su mandato les ordena permanecer ciegos, mudos y sordos ante la represión marroquí, aunque ésta se produzca a las puertas mismas de su cuartel general. Dada esa escandalosa impotencia, Haidar y sus seguidores se han convertido en el único y potente altavoz para denunciar ante la comunidad internacional los atropellos de Marruecos.

Una de las denuncias de Haidar, al igual que del Frente Polisario, tiene que ver con la explotación ilegal de los recursos naturales del Sáhara: pesca, fosfatos, prospecciones petrolíferas... El fin de las hostilidades entre Marruecos y el Frente Polisario, en 1991, dejó la mayor parte del territorio en manos de Rabat. Con el fin de proteger sus intereses, Marruecos mantiene desplegado en el desierto un ejército cuyo coste ronda los 1,5 millones de euros diarios. Los beneficiarios del negocio no son los pocos miles de saharauis que quedan en el territorio; ni siquiera el medio millón de marroquíes que Rabat ha inyectado en la ex colonia española para diluir la identidad de la población autóctona y alterar el resultado de cualquier consulta popular. Los principales beneficiarios son un puñado de personajes que en vísperas de la Marcha Verde apostaron por Hassan II y se han convertido en los pilares autóctonos de Marruecos en el Sáhara. Su

2. *Inner City Press*, 30 de abril de 2010.

papel se puso en evidencia en los días previos al 1 de noviembre de 2001, fecha en la que Mohamed VI realizó su primera visita al lugar que desde hace treinta y cuatro años Marruecos considera sus «provincias del sur», el Frente Polisario califica como «zonas ocupadas», y la ONU define como «territorio en vías de descolonización».

Días antes de la visita real, el alcalde de El Aaiún, Ijalihenna uld Rachid, convocó a los notables de la ciudad a una reunión urgente en el Ayuntamiento. Se trataba de acordar un regalo de bienvenida para Mohamed VI. Al cónclave acudieron miembros de la familia Yumani, Habib El Kentauí, Brahim Hammad y Hassan uld Dirham. Los Yumani poseían transportes frigoríficos, barcos, inmuebles, el monopolio de los neumáticos y —lo más importante— eran los suministradores oficiales de las Fuerzas Armadas Reales. En manos de El Kentauí se hallaba la importación de artículos de primera necesidad: tejidos, té, detergentes, cosméticos. Hammad era dueño del puerto de El Aaiún, de frigoríficos, de conserveras de pescado, de fábricas de hielo y del 25 por ciento de las casas de la ciudad, y jefe del tráfico de Marlboro desde Canarias. Dirham era alcalde del puerto de El Aaiún y dueño de la compañía Atlas, que posee el monopolio de gas del Sáhara, lo que supone el 50 por ciento de la economía del territorio. Y, en cuanto al anfitrión y alcalde de la ciudad, Ijalihenna uld Rachid, su familia controlaba la exportación de arena para cementeras.³ Este último propuso que los reunidos ofrecieran al monarca una gran parcela de tierra para que construyera en ella una mansión.

—El Aaiún es una de las pocas capitales en las que Su Majestad todavía no posee un palacio —argumentó.

3. Declaraciones de Ijalihenna uld Rachid al autor (El Aaiún, 6 de noviembre de 1999).

—El rey es dueño de todas las tierras y puede coger las que le parezca cuando le apetezca —objetó uno de los presentes—. No tiene sentido regalarle algo que ya es suyo.

La discusión fue complicándose porque cada cual se esforzaba en descalificar las ideas ajenas y proponía un regalo más caro. Sabían que sus palabras llegarían al Palacio de Rabat y se disputaban el favor del rey. El alcalde del puerto de El Aaiún, Hassan uld Dirham, intervino muy tranquilo:

—Vosotros podéis regalarle a Su Majestad lo que os parezca, y yo aportaré mi parte. Pero ya le he comprado mi propio presente: dos camellos blancos de pura sangre que he traído de Mauritania y una espada de oro que me ha costado 537.500 dírham (42.070 euros).

El alcalde de la ciudad, Ijalihenna uld Rachid, enrojeció de ira. Hassan era su rival político y en los últimos tiempos había ganado una buena cuota de poder a su costa.

—¡El regalo del rey ha de ser hecho por todos! ¿Quién te crees que eres actuando por libre?

—Tengo perfecto derecho a regalarle a rey lo que me dé la gana. Tú no me lo vas a impedir —replicó Hassan.

—¡Eres un trepa sin escrúpulos! ¡Ni siquiera deberías estar en el Sáhara! ¡Tú no eres de los nuestros, eres un Ait Baamarán (tribu próxima a la ex colonia española de Ifni)! ¡Vete a tu tierra!

Hassan se lanzó sobre la mesa, intentando agarrar el cuello de su rival, que había alzado una silla y parecía dispuesto a estrellársela en la cabeza. La intervención de los otros notables evitó que ambos acabaran en el hospital.⁴

4. Declaraciones al autor de un notable presente en la reunión, que ha pedido el anonimato por razones de seguridad (El Aaiún, 3 de noviembre de 2001).

Finalmente, Hassan entregó al monarca sus regalos, al margen de los otros. El episodio, lejos de ser una mera anécdota, ilustra bien la relación entre los notables del Sáhara y el Palacio Real de Rabat. La lealtad está subordinada a los negocios. Ese comportamiento se entiende aún mejor repasando las biografías de algunos de los que participaron en la reunión del Ayuntamiento.

Muchos años antes de ser alcalde de El Aaiún y ardiente defensor de una autonomía para el Sáhara (presidida por él mismo) dentro del reino de Marruecos, Ijalihenna uld Rachid hizo carrera como títere del franquismo. En 1975 aceptó ser nombrado secretario general del Partido de Unión Nacional Saharaui (PUNS), una organización controlada desde Madrid por el Ministerio de Presidencia. Recibía órdenes directas (e importantes cantidades de dinero)⁵ del secretario general del Sáhara, coronel Luis Rodríguez de Viguri. Cuando vio que la presencia española tocaba a su fin y que Marruecos llevaba las de ganar, Ijalihenna huyó a Rabat con la caja de la organización y juró lealtad a Hassan II, el padre de Mohamed VI. El rey pagó su deserción nombrándole ministro.

De la misma fecha, 1975, data el espectacular aumento de la riqueza de los Yumani, una de las familias más poderosas del Sáhara. Aquel año, su patriarca, el «chej» o jefe tribal Jatri uld Said uld Yumani, presidente de la Asamblea General del Sáhara y procurador en Cortes, decidió abandonar a sus seguidores y rendir sumisión a Hassan II. También él llevó a cabo su defección en los turbulentos días de la Marcha Verde con la que Ma-

5. Transcripción de las conversaciones entre Ijalihenna uld Rachid y el secretario general del Sáhara, coronel Luis Rodríguez de Viguri, en el despacho oficial de este último, en El Aaiún, durante el mes de marzo de 1975. Confidencial.

rruecos invadió el territorio. El rey le recompensó con un puesto en su administración, para el que fue elegido hasta su muerte con el exacto cien por cien de los votos.

Hassan uld Dirham parece llevar su destino escrito en el nombre: se llama como el anterior monarca marroquí y se apellida como la unidad monetaria cherifiana (el «dířham», que equivale a 0,09 euros). Su familia, perteneciente a la tribu Ait Baamarán, se trasladó en los años cincuenta desde la zona de Ifni hasta el Sáhara. Los Dirham siempre fueron comerciantes. En tiempos de la colonia española poseían varias tiendas a nombre de Hermanos Ben Ali, donde era posible comprar desde un martillo hasta un bote de champú. Hassan recibió la invasión marroquí con los brazos abiertos. Sus servicios fueron recompensados con el monopolio del gas a través de la empresa Atlas.

Brahim Hammad y Habib El Kentaui también eran prósperos comerciantes saharauis cuando se produjo la invasión marroquí. Importaban desde Canarias relojes, transistores, cámaras fotográficas y otros aparatos difíciles de conseguir en la Península, y los vendían a los soldados españoles o los pasaban a Marruecos. Para ellos, rendir pleitesía al rey era cuestión de negocios.

Estos cinco personajes, que se repartían el 90 por ciento de la riqueza del Sáhara, eran los pilares autóctonos de Marruecos en el territorio pendiente de descolonización. Sobre ellos descansaba la supuesta «marroquinidad» del territorio. Por eso en noviembre de 2001 fueron los encargados de movilizar a la población para que recibiera jubilosamente a Mohamed VI. Hombres del entorno de Ijalihenna recordaron a los recalcitranes que las pensiones que disfrutaban podían ser suprimidas de un plumazo. Los empleados de Atlas recibieron «permiso» para dejar sus puestos y acudir a vitorear

al monarca. Algo similar ocurrió en el resto de las empresas.⁶

No es de extrañar, pues, que Mohamed VI fuera aclamado por una multitud durante su primera visita a El Aaiún, el 2 de noviembre de 2001. Sin embargo, el monarca tuvo que suspender su viaje a la ciudad de Smara, previsto para el día siguiente. El motivo de la cancelación fue que allí le esperaba desde hacía tres días, frente a la *wilaya* o sede del gobierno, una manifestación de dos centenares de personas. Eran en su mayoría mujeres y jóvenes, simpatizantes de Aminetu Haidar, que exigían mejoras sociales y noticias sobre sus familiares «desaparecidos» a manos de la policía marroquí. De los 526 «desaparecidos» que reconocía Amnistía Internacional, 74 residían en Smara.⁷

Con su huelga de hambre en el aeropuerto de Lanzarote, Haidar no sólo había puesto sobre la mesa estas denuncias. También había sacado a la luz la responsabilidad de España en el drama que viven los saharauis. No se trata sólo de una deuda histórica: el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas dictaminó en 2002 que los Acuerdos de Madrid, firmados en 1975 entre España, Marruecos y Mauritania, por los que estos dos últimos países se repartieron el territorio, «no transfirieron la soberanía del Sáhara Occidental ni otorgaron a ninguno de los firmantes el estatus de potencia administradora, estatus que España no puede transferir unilateralmente». Es decir, que la administración del territorio sigue legalmente en manos del gobierno de Madrid, aunque éste no pueda ejercerla. Esta realidad da pie a situaciones

6. Declaraciones de varios saharauis al autor (El Aaiún, 3 de noviembre de 2001).

7. Visita del autor a Smara el 4 de noviembre de 2001.

insólitas. Un solo ejemplo: la responsabilidad del salvamento marítimo en las costas del Sáhara, donde en los últimos años se han ahogado cientos de inmigrantes clandestinos, aún corresponde a España, según la Organización Marítima Internacional; sin embargo, son los barcos de Marruecos los que patrullan aquellas aguas.

En 2004, poco después de llegar a la Moncloa, José Luis Rodríguez Zapatero proclamó que esperaba ver resuelto el problema del Sáhara «en seis meses»; hoy aparece claramente alineado con las tesis de Marruecos. El líder de la oposición, Mariano Rajoy, ha sido siempre mucho menos optimista que su rival. En una comida celebrada en 2001 en la sede del Ministerio del Interior, que él entonces dirigía, me dijo, tajante: «Lo del Sáhara no tiene solución». Urgidos por la necesidad de mantener unas buenas relaciones con Marruecos, los sucesivos gobiernos españoles han vuelto la espalda una y otra vez a sus responsabilidades históricas en el Sáhara. Eso les ha llevado a complicadas encrucijadas diplomáticas, como la que planteó la huelga de hambre de Haidar en Lanzarote. De nuevo se ponía en evidencia que los intentos de las autoridades de Madrid para sacudirse los flecos legales que la atan a su ex colonia son vanos.

Vaciado de su población autóctona, el Sáhara Occidental tiene hoy poco que ver con el territorio que abandonaron los españoles en 1976. El esquema urbano de las ciudades es el mismo, pero el paisaje humano ha cambiado radicalmente. Las *derráa* han sido sustituidas por las chilabas marroquíes; el *hassanía* es sofocado por la *dariya*; las jaimas o tiendas de los nómadas han sido destruidas y sus habitantes forzados a vivir en las ciudades; el castellano ha sido sustituido por el francés como segunda lengua... Decididas a suprimir cualquier huella española, las autoridades de Rabat han desplazado el

centro comercial de El Aaiún desde los viejos y bulliciosos zocos, hoy abandonados, hasta el antiguo barrio militar de Colominas.

La determinación por borrar cualquier vestigio de España ha llegado incluso a la antigua misión católica, un edificio colonial situado muy cerca del Ayuntamiento. Hace unos años, las autoridades hicieron llegar a los sacerdotes su disgusto por el sello que estampaban en sus documentos y que decía: «Sáhara Occidental». De modo que los curas debían raspar con una cuchilla la palabra «Occidental» de todos sus papeles oficiales.⁸ Ahora, además, interrogan a los pocos saharauis que hablan con ellos, de forma que han ido llevando a los religiosos a una situación de aislamiento cada vez mayor.

Esta obsesión no es baladí. Los diplomáticos de Rabat saben bien que una de las causas fundamentales por las que han fracasado sus maniobras para anexionarse definitivamente el territorio es el apoyo de la opinión pública española al Frente Polisario. Las emociones que provoca en nuestro país el futuro de aquel trozo de desierto no tienen parangón con el desinterés que España ha mostrado hacia el resto de sus colonias africanas. La espontánea y multitudinaria reacción de apoyo a Aminetu Haidar durante su huelga de hambre en Lanzarote es una muestra de ello. Para comprender las complejas y contradictorias razones del fuerte vínculo con los saharauis es preciso retroceder en el tiempo treinta y cinco años. Ésta es una historia de heroísmo, crímenes, amistad, traiciones, dinero e intereses políticos.

8. Declaraciones a el autor del padre Camilo (El Aaiún, 4 de noviembre de 2001).